

RETAZOS
POR AMARIS



Ahí estaba ella, la vi sentada en la pequeña mesa de un viejo café situado en cualquier lugar de cualquier ciudad. Me acerqué con cuidado para no incomodarla, le pedí permiso para sentarme a su lado, no sé, me dio la sensación de que se sentía muy sola. Qué equivocada estaba yo; de todas formas le pregunté por su soledad. Tal vez fui un poco indiscreta pero lo hice con bondad.

Ella estaba consigo misma, me dijo, escribía despacio en una libretita un tanto antigua, “vintage” como dicen ahora, con una letra que me recordaba a la de mi abuela. Me comentó que las personas que saben y quieren leer y escribir jamás se deberían sentir solas.

Ella me confesó, mirando a ambos lados con cierta coquetería para que nadie la oyera que tenía más de 70 años y que se sentía muy joven pero muy cansada. Me di cuenta que me refería su edad con la intención de demostrarme que parecía una mujer 15 años menor, sus labios pintados y su tez tan tersa y bien maquillada así lo aparentaban. Y no es que la vida la hubiera tratado mal, me dijo, sencillamente de niña era pobre, su familia era tan humilde que de vez en cuando su madre, muerta de vergüenza, acudía a la parroquia a pedir alimentos para que no se acostaran sin cenar más de una noche, el trabajo de su padre no daba para tanto.

Ella tenía una experiencia de vida maravillosa, provenía de una gran familia, como las de antes, cargadas de hijos, cargadas de amor y cargadas de pobreza, con unos padres recién llegados de la posguerra que las habían pasado canutas, con muchos hermanos, la mayoría menores que ella, a los que había tenido la obligación de ayudar a criar mientras sus amigas disfrutaban en las calles o iban a la escuela a diario.

Ella se formaba en la escuela de la vida, aprendía de los chascarrillos de las abuelas, de los consejos de su madre, de los cotilleos de las vecinas y de los maestros del colegio que visitaba una vez a la semana porque no tenía más tiempo.

Ella hubiera dado no sabe qué, porque no la mandaran a trabajar con tan solo 11 años en aquella peluquería cochambrosa a lavar cabezas, tan lejos de su casa que a veces se perdía por el camino y lloraba porque no sabía volver.

Ella quería salir a la calle, hacer perfumes machacando flores mezcladas con agua y jugar a las tiendas con sus amigas en lugar de poner aquella lavadora de turbina y estrujar la ropa para que se secara al sol. Menos mal que el abuelo había comprado esa lavadora hacia poco, me dijo.

Ella recordaba con cariño sus horas de estudio junto a la radio. Tenía más de 20 años y se sacaba el graduado escolar por las noches escuchando las lecciones radiofónicas en ese aparato desgastado que le regaló su padre, quitándole horas al sueño para poder soñar realidades.

Ella sentía envidia de su vecina Elena, la de la señora Joaquina, que iba a la universidad y a veces le contaba lo que hacía y lo que quería ser de mayor, por eso se le saltaban las lágrimas, por lo que podía haber sido y no fue.

Su vida, satisfecha a medias, discurría siempre con el anhelo de que fuera mejor de lo que en realidad era, casi como todo el mundo. Nunca se debe perder la esperanza.

Ella decía que vivía en un país de aprendices de todo y maestros de nada, un país en el que la mayoría se sentía como pez en el agua. Mal de muchos consuelo de todos.

Mucha gente cuchicheaba a hurtadillas para mejorar el mundo.

Ella se trasladó de barrio y de ciudad, ya tenía tres hijos cuando decidió meterse en política. Había cambiado de trabajo tantas veces que casi no recordaba todos esos cambios: camarera, vendedora de libros, costurera, distribuidora de cosmética e incluso trabajó en el campo destrozando sus cuidadas manos.

Ella jamás se rindió, tampoco cuando se quedó sola con sus hijos por decisión propia y logró salir adelante como tantas otras mujeres. Eso sí, le costó sangre, sudor y lágrimas, muchas, muchísimas lágrimas. Siguió adelante porque como decía su madre “Para atrás ni para coger impulso”. Cuánto hubiera deseado que su familia no estuviera a miles de kilómetros de distancia.

Ella nunca dejó de aprender, intuía lo poco que dura el tiempo dentro del tiempo, conocía lo efímero del dolor y del placer y sentía que necesitaría más de una vida para saber que apenas sabía nada. Tenía hambre de lectura porque los libros le trasladaban a lugares y situaciones que anhelaba, le daban vida después de su vida, le daban ser y saber.

Ella consiguió un buen trabajo que le permitió vivir más o menos bien. Le dedicó todo el tiempo que requería aunque su escala de valores siempre estuvo clara: Sus hijos, su familia, sus amigas y su mano anónima a cuantos la necesitaron.

Ella, que a pesar de las vicisitudes, miraba adelante con optimismo y buena actitud porque solo hay que mirar atrás para recordar quienes somos y de dónde venimos, vivió una vida plena, feliz, a pesar de conocer las bondades y maldades del mundo. Una vida que hoy no cambiaría ni un ápice.

Ella siempre tuvo el cariño incondicional de su familia. Conoció un nuevo amor, un amor limpio, maduro, generoso, plácido, el amor verdadero, como dirían los cuentistas. Un amor de esos con los que quieres envejecer charlando en un banco del parque cercano a casa, de las cosas sencillas y valiosas de la vida, recordando viajes, nacimientos, cumpleaños, navidades y aquellos momentos que nadie en el mundo debería de perderse.

Ella me dijo que viviera cada día como si no hubiera un mañana, y yo, hubo momentos que sonreí, otros que lloré y muchos más que me hicieron ver la vida con distintos ojos, con una perspectiva diferente.

Siempre recordaré esa tarde de café, quizás fue por Ella, tal vez fuese por todas Ellas, en aquel tiempo tomaba demasiado café en cualquier lugar de cualquier ciudad.

Ascensión Castillo